

desde un nuevo ángulo, es decir, crear un *contra-sublime*. (Este sería mi humilde objetivo). Así, lo sublime de las poéticas románticas herederas de Kant, ese sublime como insinuación de Ideas de la razón; esa violencia en busca de la trascendencia, esa búsqueda heroica del Todo, de los Alpes como modelo de un sentimiento superior, de lo infinito en lo finito *a lo Schelling*, como escenificación de una escisión entre el yo y el no-yo; ese sublime (repito) se convierte ahora, robando unas palabras a Jean Francois Lyotard, en un sublime inmanente, en una *poética del límite*, robando palabras ahora Eduardo García, en una sorpresa que parte de lo visible y se entremezcla con lo imaginario (e incluso, tomando unas palabras a Hierro, *con lo alucinatorio*). La alucinación, entendida como un proceso de intromisión de lo irreal en lo real, es, de alguna forma, lo que podemos definir como un *interés y proyecto poético personal*. No puedo negar en este punto que la presencia de la poesía de José Hierro ha sido para mí, desde el principio, un modelo poético a seguir. (*Imaginar y recordar / se superponen y se confunden...*) escribe en el *Libro de las alucinaciones*. Esa es la idea. Desde una realidad mínima el poeta introduce mediante la palabra poética la irrealidad, creando de este modo un nuevo contexto.

La alucinación así entendida, como una reformulación de lo sublime, que aquí evidentemente he expuesto de modo apresurado, sería algo así como una especie de largo y difícil objetivo teórico y poético. El sujeto que alucina, el poeta, en el proceso alucinatorio pierde la capacidad de distinguir lo que es un objeto interno y una realidad externa, perdiendo de este modo el poeta en el proceso del poema el presunto sentido argumental de la realidad. Todo de este modo puede tener cabida.

EL MAPA DE LOS HECHOS

Con delicadeza voy comiendo cacahuets. La fina piel de biblia que los envuelve me produce cosquillas en alguna parte de mi mano. No creo que aquellos fueran años felices. Es fácil pensarlo ahora cuando sentado sobre un taburete de madera, hecho seguramente con las manos de alguno de estos viejos, doy pequeños sorbos a un enorme vaso de cerveza. La felicidad tiene esta forma desenfadada de adaptarse a los hechos. No diré que no encuentro cierto placer descarnado en este simple estar entre cosas. A esto es a lo que tú llamarías el *mapa de los hechos*. Pero poseo unas hermosas vistas a la tarde, con las paredes recubiertas de madera, con las ventanas forradas con cartones que empiezan a despellejarse como cobriza piel de plátano, con los techos cosidos con oxidadas planchas de metal acanalado, con restos de ladrillo y piedra roja sin tallar de algún viejo jardín romántico a medio construir... La lista sería inmensa si no fuera por esta tendencia a confundir mis ideas con estas

migas que llamamos lenguaje. El azar, dices, tiene el rostro de un animal muerto. Es invierno. Por la parte trasera, ya tarde, enormes grúas regresan de su trabajo. La espera deja tras de sí huellas blancas como espuma. Observa esa rama, en su vientre la nieve forma ya pequeños círculos.

Alberto SANTAMARÍA (Torrelavega, Cantabria, 1976) es doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros de poemas *Herencia del Humo. La historia de Bonnie y Clyde* (2002), *El orden del mundo* (2003, Premio Surcos), *El hombre que salió de la tarta* (2004, Premio de Poesía Radio 3) y *Notas de verano sobre ficciones del invierno* (2005, Premio Vicente Núñez). En 2003 editó la poesía ultraísta de José de Ciria y Escalante bajo el título *De mi sortija penden todos los merenderos*. También es autor de los ensayos *El idilio americano. Ensayos sobre la estética de lo sublime* (2005) y *El poema envenenado. Tentativas sobre estética y poética* (2008, Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso). En la actualidad dirige la revista de poesía *Nadadora*.